

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO B

HEMOS DE RENDIR CUENTAS

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Sabiduría 7, 7-11; Hebreos 4, 12-13; Marcos 10, 17-30



1. Cuenta una parábola moderna que un experto Asesor, en una conferencia, sacó de debajo del escritorio un frasco grande de boca ancha. Lo colocó sobre la mesa, junto a una bandeja con piedras del tamaño de un puño y preguntó a los oyentes: *¿Cuántas piedras piensan que caben en el frasco?* Después empezó a meter piedras hasta que llenó el frasco. Luego preguntó: *¿Está lleno?* Todo el mundo

lo miró y asintió. En ese momento sacó de debajo de la mesa un cubo con gravilla. Metió parte de la gravilla en el frasco y lo agitó. Las piedrecillas penetraron por los espacios que dejaban las piedras grandes. El experto sonrió con ironía y repitió: *¿Está lleno?* Esta vez los oyentes dudaron: *Tal vez no.* Y puso en la mesa un cubo con arena que comenzó a volcar en el frasco. La arena se filtraba en los pequeños recovecos que dejaban las piedras y la grava. *¿Está lleno?* preguntó de nuevo. *¡No!*, exclamaron los asistentes. Y era verdad, cogió una jarra de agua de un litro que comenzó a verter en el frasco. El frasco aún no rebosaba. Y concluyó el experto: *Lo que esta lección nos enseña es que si no colocas las piedras grandes primero, nunca podrás colocarlas después.*

2. En nuestra vida, puede vivirse de una manera desordenada, sin jerarquía de valores ni de verdades. Esto no es una manera acertada de vivir. Nuestra estancia en la tierra no puede quedarse en hacer cosas, estar ocupados, hacer más o menos bien. Por supuesto que tenemos que hacer el bien, pero la auténtica vida cristiana exige que hagamos todo el bien que podamos, hasta intentar conseguir una plenitud de vida cristiana. Para que eso sea así es imprescindible que en el *frasco de nuestra vida* metamos primero *las piedras gordas* de la oración frecuente, de la recepción también frecuente de la Eucaristía y de la Penitencia, del cumplimiento de los deberes familiares, de la santificación del trabajo o del compromiso firme de dar testimonio público de nuestra fe.

Teniendo en cuenta la enseñanza de Jesús en la parábola de los talentos, al cristiano se le exige rendir de acuerdo con los dones que de Dios ha recibido. Si ha recibido cinco talentos y sólo rinde como si sólo hubiera recibido dos, el *frasco* de su vida no está lleno, o si está lleno es que las *piedras grandes* no han entrado en él, porque la *arena* y la *grava* de acciones, que no son malas pero sí accidentales, están llenando la vida. Una vida llena sólo de acciones secundarias o accidentales es una vida malgastada y, por ello, el que vive de esa manera no puede sentirse satisfecho cristianamente hablando. Mucho menos satisfecho ha

de sentirse, si entierra sus talentos o cualidades, y su vida no produce prácticamente fruto alguno de santidad, o produce muy pocos.

3. Es de gran importancia recordar, y actuar en consecuencia, que, como dice la segunda lectura de hoy, *hemos de rendir cuentas* ante Aquel para quien *todo está patente*, para Dios. Cuando rindamos cuentas a Dios al final de la vida, cada ser humano recibirá la paga merecida. Jesús lo dijo sin tapujos: *el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta*. En otra ocasión, Jesús nos advirtió: *de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si al final pierde su alma*. Aunque Jesús, Palabra eterna del Padre, vino a salvar a los pecadores -todos nosotros-, no podemos olvidar ni minimizar sus enseñanzas sobre el más allá. Es verdad de fe que hemos de ser juzgados por Dios, y que la posibilidad de condenarnos existe.

Pero nos llena de esperanza saber, tal como lo predicó san Pablo, que *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*. Ese querer divino hizo que Dios Padre nos entregara por amor a su Hijo primogénito, para que no pereciera ninguno, sino que tuviera vida eterna. Con la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, el mundo quedó salvado, porque pagó de ese modo por todas nuestras deudas. Las puertas del cielo, por lo tanto, quedaron abiertas. Sin embargo, aun estando el mundo salvado, nadie entrará obligado en el cielo, pues Dios siempre respeta la libertad del hombre.

4. Cada uno de los mortales tiene que querer entrar en el cielo, cumpliendo fielmente los mandamientos, como Cristo indicó al joven rico, que le preguntó: *¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?* Acabamos de escucharlo en el evangelio. El cumplimiento fiel de todos y de cada uno de los mandamientos no es tarea fácil. El ambiente que nos rodea, las inclinaciones torcidas o pasiones que tiran de nosotros para abajo y el demonio que nos tienta hacen que el cristiano se deje arrastrar cayendo a veces en el pecado, incluso, grave. Para liberarnos de él, y no cerrarnos a nosotros mismos las puertas del cielo, hemos de recordar con frecuencia que es condición imprescindible para alcanzar la salvación que, en el *frasco de nuestra vida*, ocupen el lugar principal las *piedras grandes* de la oración personal y/o comunitaria, la confesión frecuente y llena de dolor de todos nuestros pecado, la misa, al menos dominical, y otras que nuestra Madre, la Santa Iglesia, nos recomienda.

Porque *la Palabra de Dios es viva y eficaz*, tal como hemos oído en la carta a los Hebreos, la Iglesia nos recomienda *descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios*. Son palabras de Benedicto XVI, en el documento *Porta fidei*, con el que anunció el *Año de la fe*. Como es lógico, pueden ser muchos los modos de que la Palabra de Dios sea alimento para nosotros. Cada cual, movido por el Espíritu, escogerá el que más le ayude.

5. A la Virgen le pedimos que ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.